

CANTAR COMO TERAPIA

El concierto de los médicos cantores

La Coral del hospital Sant Joan de Déu, formada por médicos y personal del centro, actúa en Navidad para los pacientes de la residencia sanitaria.



►► Un momento de la actuación coral, en la capilla del hospital de Sant Joan de Déu.

JESÚS MARTÍNEZ
BARCELONA

El hospital de Sant Joan de Déu, en Esplugues de Llobregat, es el palacio de los niños. Es la casa con más ositos de peluche por metro cuadrado de la provincia de Barcelona. El 21 de diciembre, a las 20.30 horas, la capilla del hospital es un lugar en el que apenas caben las velas y las psonetas. Cien personas, muchas con los pies mojados como consecuencia de un día de perros, esperan el concierto de Navidad de quienes, esa misma mañana, han estado cambiando vendajes. El concierto de Navidad del 2007 está dedicado a la chiquillería enferma. El del año pasado fue en beneficio del hospital Saint John of God Catholic, de Sierra Leona.

Puntual, la Coral de Sant Joan de Déu (<http://coral.hsajdcbn.org>) sale al escenario de la capilla, limpia de mirada. Con traje negro, el director, José Manuel Soler (Pamplona, 1950), es la viva imagen de un sufrido santo. «Este año hemos querido venir al corazón del hospital para que nuestra voz llegue a las habitaciones». Si no supiéramos a ciencia cierta que es psicólogo, juraríamos que José Manuel Soler es, en cambio, físico. Einstein y él han frecuentado el mismo peluquero. José Manuel es profesor universitario de Psicología

en la Universitat de Barcelona. Gran conocedor de los misterios del solfeo y la clave de sol, es el director de la Coral del hospital Sant Joan de Déu, formada, en su mayoría, por una cincuentena de profesionales de la medicina. «La finalidad era crear un espacio de germanor. Que el compañero que ha tenido que comunicar la muerte de una criatura a sus padres no tenga que guardarse eso dentro», expone.

A José María, jefe de la unidad de paliativos, cantar le ayuda a olvidar los dramas

José Manuel escoge los temas: tango, piezas burlescas, música clásica, o arreglos propios como *Yo quiero tinto con limón*, cuyos derechos aún no ha registrado. La Coral abre el concierto de este año con gospel: *I'm gonna sing*.

El hospital tiene 10 plantas con olor a Nenuco. En la séptima residen una pareja de jilgueros y los curas que curan. Son una docena de religiosos de la orden de Sant Joan de Déu. El hermano Agustín Giménez es el frailecillo-fisioterapeuta-respiratorio. «El niño más pequeñito que he



►► Médicos y trabajadores del hospital, en clase de vocalización.



►► La enfermera de neonatos Inma Luquín es soprano en la coral.

tenido en la mano pesaba 526 gramos, y vive». El suyo es un trabajo horrible y admirable: «Si va bien, gozas; pero si va mal, no te acostumbres. Yo he visto llorar a enfermeras porque el niño se les iba».

El bajo que canta mal

Agustín es un superviviente del cuarteto fundador de la Coral de Sant Joan de Déu, formada, en su origen (1998), por el cirujano cardiólogo Miquel Roviro y los fallecidos Miquel Pesarrodona, capellán, y Felipe Aláez, secretario de gerencia. Los de Sant Joan de Déu han actuado en el Palau de la Música Catalana y en la Basílica de San Pedro de Roma. Y en el Teatre Nacional de Catalunya, con motivo del 75 aniversario de la proclamación de la Segunda República: «Yo, que soy fraile, tuve que aprender el Himno de Riego». Agustín Giménez es el bajo que canta y canta mal, como él mismo se define. Por eso tiene suerte de que en la coral no se haga selección de voces profesional: «Quien quiere cantar, canta».

Después del gospel, el ortodoxo *Tebe poem*, del búlgaro Dobri Hristov. La soprano Inma Luquín (Tarragona, 1959) sostiene la partitura, sobre la que se posa la suave cadencia de su canto.

En la cuarta planta duermen los recién nacidos, tan pequeños como

«Yo, que soy fraile, tuve que aprender el himno de Riego», ríe el hermano Agustín

un botón. En la UCI de neonatos, siete niños intubados se debaten entre la vida o la muerte. En el interior de una incubadora, las enfermeras han montado un belén. No está vacío el silencio porque el silencio es el pitido de una alarma: un piiii intermitente, seco y perturbador.

D. parió a V. el 3 de diciembre, a las 2.30 de la madrugada. La primera semana de su vida la pasó conectada a un carro de ecmo (oxigenación por membrana extracorpórea). La ecmo es una técnica muy compleja que se usa en niños en situación de extrema gravedad. En la ecmo, el pulmón de V. era una especie de extintor; su corazón, del tamaño de una nuez, una bomba como un disco de platino, y su riñón, una espoleta con el nombre de hemofiltro. La primera semana de su existencia, V. la pasó con las enfermeras de bata azul Neus e Inma, quienes no se separaron de ella ni para ir al lavabo.

Inma tararea los *Nocturnos* de Mozart a V., que se restablece. Inma Luquín, de tez moruna, es una de las sopranos de la Coral. «Me gusta cantar», reafirma con lisura. No es de extrañar, ya que «de jovencita» estudió piano en el conservatorio. Por las mañanas temprano, canta en la ducha la *Muñeca de trajo* de la Oreja de Van Gogh. Sus hijos imitan al Rey, y son crueles: «¿Por qué no te callas, mamá?».

Passa a la página siguiente

Viene de la página anterior

En el ala norte de la cuarta planta, en la otra punta de la UCI de neonatos, se encuentra la UCI de pediatría, la Tierra Media de *El Señor de los Anillos*. Son dos salas pintadas de azul, abarrotadas de ositos Winnie The Pooh y personal que va y viene como en un estreno de Broadway. La primera es la unidad de cuidados intensivos: 14 camas ocupadas por niños que han sufrido un accidente o una meningitis o una infección o una operación a corazón abierto, siendo el corazón, a estas edades, del tamaño de una nuez.

En el segundo cuarto, contiguo al primero, la unidad de cuidados paliativos, dedicada a los niños cancerosos en estado terminal, niños que se van para no volver. «Intentamos hacerles lo más agradable posible la poca vida que les queda», dice el jefe de paliativos, José María Martín, con un aplomo que no oculta el dolor de su entorno. «Me preguntan si estoy acostumbrado a la muerte. Ni mucho menos; cada muerte es un drama». La tasa de mortalidad es de unos 40 niños por año. De las pocas veces que José María se relaja, y descansa las bolsas de sus ojos, y deja la mente en blanco para que corra el aire y se lleve los dramas y el desconsuelo, es cuando canta en la Coral.

Isabel, la contralto, afirma que canta como los loritos, de memoria

José María Martín no solo es el único tenor médico jefe de paliativos en España, sino que es también el único tenor al que no le gusta la ópera. «A mí lo que me gusta de verdad es la batería de Gato Pérez».

Con absoluto dominio de los intervalos, la contralto Isabel Carrasco (Lugo, 1955) se atreve con *La sardana de les monges*. Isabel Carrasco es una mujer con un sexto sentido para la risa, el armés que se ciñe cada mañana. «Trabajo en atención y cuidados», recalca. Desde 1991 es la secretaria y recepcionista del servicio de psiquiatría y psicología del hospital. Para evitar que las meigas emponzoñen las flechas del amor, Isabel recomienda cantar. A ella le gustan Serrat y Shakira. Habla con la voz reposada y el tono justo para no hacer ruido. Por eso es contralto. Se horroriza al escucharse, y asegura que canta como los loritos, de memoria. «No sé si cantamos muy bien, pero no nos reímos mucho».

La saudade gallega de *A caracola*; los *Cantares* de Antonio Machado y el villancico *Hacia Belén va una burra, rin, rin*. Tras una hora de actuación, un minuto ininterrumpido de aplausos. El director, José Manuel Soler, se despidió: «Que el próximo año estén bien de salud».



► El Museo de Plaquas de Cava i Champagne alberga solo una parte, unas 22.000 piezas, de la colección de Josep Albó.

COLECCIONISMO

De la botella a la vitrina

Josep Albó exhibe en Sant Feliu de Guíxols gran parte de su colección de placas de cava, la más grande del mundo, formada por casi 50.000 piezas.

SARA GONZÁLEZ
BARCELONA

Seguro que el francés Adolphe Jacquesson, fabricante del champán Châlons-sur-Marne e inventor de las placas de cava, nunca imaginó que la patente que registró el 11 de noviembre del 1844 pasaría de ser una simple herramienta técnica a convertirse en todo un objeto de colección. En este siglo y medio de vida, estas piezas se han consolidado como pequeños objetos de arte y han dado lugar a grandes colecciones. La mayor del mundo es la de Josep Albó, expuesta desde hace ahora un año en el Museo de Plaquas de Cava i Champagne, en Sant Feliu de Guíxols.

Albó quedó cautivado por las chapas en 1998 y desde entonces no ha dejado de buscar desde la más antigua hasta la recién acuñada. A sus 70 años de edad ha conseguido reunir casi 50.000 placas, todo un récord que aún no ha encontrado rival. Ni siquiera en Francia, la cuna del invento, existe una colección privada semejante. En 300 metros cuadrados de sala ha podido exponer un poco más de 22.000 de sus pre-

ciadas placas. Las piezas, sujetas gracias a un sistema de imantación, están expuestas como auténticas joyas, y es que no solo la cantidad hace casi increíble la colección de Albó, sino también la calidad. Más de 20.000 euros ha llegado a pagar este coleccionista por conseguir una chapa única de la marca francesa de champán Pommery.

Se trata de una cifra desmesurada si se tiene en cuenta que fabricar una chapa no cuesta más de 30 céntimos de euro. Pero la exclusividad y el valor histórico se pagan caros. También llegó a gastar 20.000 euros en una placa de champán francés Pol Roger del 1923 de la que solo se conocen cuatro en todo el mundo, y dos de ellas son de Albó.

Entre su colección destacan también las placas de oro y de plata. Una

de la marca de champán Deutz es de oro macizo y tiene un pequeño brillante incrustado. Las placas antiguas también son muy valiosas por la aportación histórica que hacen a la evolución del diseño. Algunas de ellas son de finales del siglo XIX y principios del XX.

Pero, aunque la exclusividad las encarece, no todas las chapas cuestan miles de euros. Las más nuevas, salvo excepciones, suelen pagarse al mismo precio que la botella.

Entre los aficionados a esta afición el intercambio suele ser una buena manera de ampliar la colección. Cada sábado se hacen varios encuentros en diferentes puntos de Catalunya. Josep Albó empezó acudiendo a estos encuentros y tam-

bién a la reunión de intercambio de placas más importante de Francia, que se organiza en Vertus, un pueblo de la región de Champagne, cada 11 de noviembre. En Vertus, Albó conoció a importantes distribuidores de París y Reims que le proporcionaban placas en sus viajes a Francia. Ahora, siendo su colección de tal magnitud, son los propios distribuidores franceses los que se desplazan hasta Sant Feliu de Guíxols para venderle placas exclusivas y de calidad. Albó, a pesar de todo, continúa acudiendo los sábados a encuentros que se organizan en Catalunya, pero son pocas las nuevas placas que encuentra para ir ampliando su colección.

Este catalán amante de las chapas dedica 14 horas al día a ir encontrando nuevas piezas, a reparar los catálogos de chapas que inició Jordi Viader, participar en subastas e ir catalogando todas sus piezas. Ahora va tras una placa catalana llamada Carbó, que posee un amigo suyo. La evolución en el diseño de las chapas ha sido un impulsor de su coleccionismo. Aunque la placa de champán litografiada más antigua es la del vintage de Pol Roger, fechada en 1906, en Catalunya no se fabricaron las primeras placas litografiadas hasta finales de los años 60.



La joya del museo: su precio supera los 20.000 €